



MANUEL DIEZ

LA VIDA ES UN SUEÑO

Manuel Diez es un hombre alto, delgado y sereno. Nacido en España, en un pueblo de La Rioja, Ortigosa de Cameros, llegó a Chile con sus padres (Marcelino Diez y Gregoria Alvarez), a los dieciocho años. Hoy tiene setenta y cinco. En cincuenta y siete años ha forjado una familia de cuatro hijos, siete nietos y una actividad empresarial en el rubro de vinos y licores, Supercor Diez, que es toda una tradición en Santiago. Pero por sobre todas las cosas ha aprendido a vivir y agradecer, en conjunto con un equipo de gente, algunos de los cuales lo acompañan desde sus inicios, en 1957. Hombre de fe, afable, querido, respetado y de reflexiones precisas y profundas. Esta es parte de su historia

Para mí la vida es un sueño, lo dice mientras prepara un café que me ha ofrecido unos minutos antes. Se escuchan las campanas de la iglesia de Pedro de Valdivia Norte y el sonido de los pájaros que en abundancia desafían la vida, en una antigua plaza de calle Padre Letelier en la zona tradicional y cambiada de Pedro de Valdivia Norte, el barrio de toda su vida, cuando compró un almacén que con los años se transformaría en un punto de encuentro obligado para quienes desean vinos y licores de calidad a precios muy razonables. ¿Sabes cuál es la mejor marca de vino? La que te tomas con un amigo. Y deja las palabras flotando para interpretar la amistad como un rito profundo y respetuoso.

Estamos en el segundo piso de un departamento transformado en oficina. Su escritorio tiene el cobijo de tres muros en los cuales hay parte de su historia y de su fidelidad. Allí está la foto de parte de su pueblo, la imagen de Jesucristo (“ser fiel continuador de mi obra”), de San Juan Pablo II, de la madre Teresa de Calcuta y de varios retratos de familia que lo abrazaran silenciosamente a través de los años. Y también un cuadro que, entre otras cosas dice: Si quieres ser grande, vive con humildad; ser rico, vive pobremente; ser justo, vive con caridad ...

Las ventanas están abiertas, el día de comienzos de enero es soleado y caluroso y al mediodía se escuchan las campanas de la iglesia que anuncian la canción católica y popular “venid y vamos todos con flores a María”. Manuel se regocija. Es muy lindo, es muy lindo con la vista en la copa de los árboles, mirando desde un segundo piso hacia una iglesia que está cercana pero invisible.

Cuatro reflexiones

A mis setenta y cinco años tengo cuatro reflexiones para compartir. La vida es un misterio, es un sueño, es para vivirla y no entenderla y solo sé que vengo de él y vuelvo a él. Así, simple, directo y profundo.

No conozco a nadie que interprete tan bien el misterio de la vida. Luego es un sueño porque parece que todo fue ayer y la vida pasó. Pienso que la vida hay que vivirla y no entenderla, porque si nos hacemos preguntas hay muchas sin respuestas. Lo que sí tengo claro y sé es que así como un día vine de él, vuelvo a él.

Un día no hace muchos años pensaba en la creación a través del amor de un hombre y una mujer y me di cuenta que ahí está la mano del Espíritu Santo, de Dios en la creación. Y después nos vamos desarrollando y creciendo con fuerza. Luego ya ves tus años cómo todo se va desgastando y aunque no quieras tienes que pensar que un día te llamarán. ¿Preparado para la muerte? Me estoy preparando cada vez más. Alimentando más el alma y el espíritu, aunque quizá nadie está preparado para eso. Si me dan pena o tristeza los que quedan. Yo me siento contento y agradecido de Dios con la vida que me ha tocado vivir, porque si bien Dios es el dueño de la baraja y echa las cartas al aire, y a todos nos tocan distintas, haciendo un inventario estoy muy agradecido.

De Ortigosa de Cameros a Santiago

Manuel tuvo una niñez pobre, humilde pero muy rica como familia. Mi padre era chofer de autobús y mi madre dueña de casa. Era otra España. Era una vida muy rica y maravillosa. Pobre, humilde y rica. Una vida de fe. Nosotros éramos tres hombres y una mujer. El mayor se vino a Chile, porque acá estaba toda la familia de mi madre. Lo trajeron unos tíos. Sin embargo, luego dos meses falleció. Había sido un viaje largo de treinta días en barco, en condiciones difíciles. Yo tenía nueve años entonces y recuerdo cómo mis padres lloraban sin límites. Se bañaron en lágrimas. Se recibió un telegrama. Santiago ha muerto. Desde ese momento mi madre se vistió de negro para siempre. Luego vinieron a Chile mis otros dos hermanos, Guillermo y Pilar, hasta que nos vinimos nosotros con mis padres en 1960.

Ahora, años después, recuerda su trabajo de adolescente. A los dieciséis trabajaba en una fábrica de sillas y me puse a pasar tablas y me llevé este pedazo de dedo, mostrando uno de los dedos incompletos de su mano izquierda.

A la llegada a Santiago vivieron de allegaos en la casa de una hermana de su madre. Fueron momentos muy duros en todo el sentido de la palabra. El único afán era trabajar, trabajar, trabajar y ser independiente. No sabía de qué forma surgiría acá. Le veía muy difícil, casi imposible hasta que se produjo este milagro. Lo dice mirando su entorno, el de una oficina que es parte del cerebro de sus cuatro locales, dos en Pedro de Valdivia Norte, uno en Luis Carrera y el otro desde hace menos de veinte años en La Dehesa.

Manuel recuerda que compró el local de la esquina de Av. Los Conquistadores con calle El Cacique, firmando letras, con un préstamo bancario y sin un peso en el bolsillo. Su gran capital era el trabajo, un equipo de gente en formación y la decisión. Pensó que sería casi imposible cumplir. Pero vino lo que califica como el milagro, la ayuda de su madre que había muerto hacía dos años. Allí su vida cambiaría para siempre.

La muerte de mi madre me marcó muchísimo. Yo tenía veinticuatro y ella cincuenta y cuatro años- Mi vida cambió en 365 grados. En ese tiempo era empleado de un tío. Cuando me independicé ella hizo algo muy especial por mí. De lo contrario no hubiera podido. Fue un milagro. Ella murió en 1965 y en 1967 compré el almacén de la esquina. Me tenía fe, compraba de media o una caja y vendía. Todo fue milagroso. Era trabajador más que inteligente. Fue el típico almacén de barrio donde se vendía azúcar por kilo, aceite por litros y la gente tenía una libreta, se anotaba todo y pagaba a fin de mes.

La idea del migrante es si sale uno de su tierra, no es ser toda la vida empleado Mi sueño era la independencia. Ser alguien.

Cambio clave

Cuando Manuel Diez se dio cuenta que nunca podría competir con los grandes supermercados decidió un giro en su negocio. Darle preferencia a los vinos y licores. Vender vinos por doce botellas, con un precio significativamente más bajo que sus competidores. Ponía avisos de cinco centímetros todos los fines de semana en El Mercurio, rotando a las cinco viñas que distribuía en aquella época. Desde doce botellas compre más barato. Fue impresionante ver cómo la gente llegaba cargada de botellas. Los autos con las maletas llenas. Era el tiempo en que los compradores tenían que llevar las botellas. Fue un cambio radical que se inició a comienzos del año 73 en Los Conquistadores. Luego abriría en 1980 el local de Luis Carrera con Candelaria Goyenecha, en Vitacura, y a fines de los años noventa en Camino Central, en La Dehesa.

Hacer las cosas con amor y con cariño

El sacerdote Fernando Montes dijo que uno tiene que aprender a vivir con amor y por Dios que es cierto. Son sabias palabras. Lo dice con la convicción de un hombre de fe que lo lleva a la práctica en su vida cotidiana. De hecho, hace ya varios años luego de visitar su local de La Dehesa, le pregunté a uno de sus empleados por qué trabajaba allí hace tantos años. Y su respuesta apuntó a la calidez y la preocupación de Manuel y su descendencia.

Uno tiene que pensar en los demás y en el bienestar de los demás. Y tratar con amor y cariño a las personas. Para mí la clave es el amor. La otra clave es llamar la atención, pero enseñando, porque hay una gran diferencia. Es lo que he transmitido a mis hijos.

Con Manuel Diez trabajan sus cuatro hijos, fruto del matrimonio con Ana María Abusleme. Manolo, el mayor, ingeniero comercial; Javier, que al terminar el colegio se vino directamente a trabajar con su padre (“él ha sido para mí la universidad” dice desde el escritorio de enfrente);

José Luis, administrador de empresas y Anita, periodista, encargada de marketing y de vincularse con los clientes.

En ellos, en su familia, en sus hijos y en la experiencia de sus empleados más antiguos, Manuel Diez va dejando paulatinamente el timón de un negocio que tiene rumbo sólido y definido. Vengo por las mañanas, algunas tardes, participo de reuniones, en fin, para “las cosas importantes”. Delega y traspasa su calidez.

Desarrollo de la fe

Gracias a Dios empecé a participar de la fe en esos años maravillosos de España. Toda la vida he sido de misa de domingo, porque la necesitaba, no porque había que ir. Sin embargo, desde hace unos quince años sentí que no estaba del todo contento y satisfecho. Un día fue a la misa de 8 en la Parroquia San Francisco de Sales, en Vitacura y el Padre Calixto me pidió que leyera la primera lectura. No pude porque no tenía los anteojos, pero al mismo tiempo mi timidez era muy grande. Tú o la timidez me dije. Tengo que romper esa barrera. Al día siguiente me presenté y leí. Algo en mí había cambiado. Me hizo muy bien. Y me hice preguntas. A ver Manolo empieza por la misa. Tienes que cambiar la forma de ser. Tener más paciencia, pensar diferente, enfocar las cosas de otra forma. Doy testimonio de eso porque me hizo muy bien. Y comencé a ir todos los días a la iglesia. Rezo el santo rosario, luego la misa, doy la comunión. Ma hace muy bien.

Invitaría a todas las personas para que dispusieran de tiempo y comenzaran esta vida espiritual que es muy rica. Verán las cosas de otra forma, pensarán de otra manera, reflexionarán diferente y se darán cuenta que solo somos administradores de los bienes que Dios nos dio.

Manuel Diez se ve un hombre relajado y tranquilo. Cuatro hijos, siete nietos, el mayor de siete años. Se queda un momento en silencio y luego dice. Palabra que la vida es un sueño, la vivo todos los días. Veo a mi hijos hecho hombres y veo a sus hijos ahora y algo me pasa que los miro como si fueran ángeles de Dios. Me hace meditar y pensar. A las guaguas, a los niños los veo tan puros, tan divinos.

La vida es un regalo de Dios

A la sociedad chilena la veo mal, con el dolor de mi corazón. Inteligente para la tecnología, la ciencia y, por otro lado veo que la calidad de vida es peor que hace cincuenta años. Veo tanta rabia, tanto rencor, tantas diferencias sociales, que si seguimos así nos vamos a destruir.

Necesitamos educación y valores. Sueldos dignos pero trabajando, esforzándose.

Manuel tiene un sueño. No sé si lo lograré. Transmitir experiencias de vida. Testimonios de vida a la juventud para que sus sueños se hagan realidad. Compartir el sentido de la vida, porque para lograr los sueños te tienes que poner en ese camino.

Con sus días de sol y nublados, con sus risas y lágrimas, la vida es un regalo de Dios.